

EL AMOR OMNIPRESENTE

Ricardo Falla

Nací en la ciudad de Guatemala en 1932 de familia de clase alta. Crecí en fincas donde pasábamos vacaciones jugando con hijos de trabajadores indígenas. Educado en primaria y secundaria con los hermanos maristas. Bachiller en 1948. Dos años de *college* en Georgetown (1949-51). Noviciado en El Salvador (1951-53), Juniorado y Filosofía en Ecuador (1953-58). Magisterio en el Seminario de San Salvador (1958-61) y Teología en Innsbruck (1961-65). Tercera Probación en Murcia (1965-66). Antropología en la U. Texas (1966-71). En la URL de Guatemala, Director de Ciencias Políticas, creo que hasta 1974. Luego, en el CIAS-CA, en Guatemala (también en otros países de Centro América): investigación sobre resortes de la organización campesina, hasta 1979. Escritos inéditos. En Nicaragua de 1980 a 82. Luego al Ixcán a zona de guerra en 1983-84. Escribiendo en México y en El Salvador lo oído y observado en Ixcán (1984-7). Vuelta al Ixcán (1987-92). *Masacres de la Selva*. Diciembre 1992 descubre el ejército que estoy allí. Salgo. *Historia de un gran amor*. Soy destinado a Honduras al ERIC (Equipo de reflexión, investigación y comunicación) (1993-2001). Me toca el Mitch allí. De vuelta a Guatemala, a Sta. María Chiquimula, Totonicapán, parroquia *k'iche'* (2001 hasta hoy). Ayudo en la pastoral y escribo sobre la juventud indígena.

***Recibí la gracia del sollozo interior
(Rom. 8, 23)***

Mi vida, vista desde los casi 73 años, ha sido un proceso continuo de crisis, aunque cada una de ellas de muy diversa naturaleza. La primera fue en la adolescencia cuando Dios comenzó a sellar mi corazón y descubrí la vocación a la

Compañía. Entré en Sta. Tecla, El Salvador, después de que mi papá se opusiera durante varios años y me mandara a los EE.UU. a estudiar. Mi mamá había muerto, una ausencia afectiva que me acompañaría toda la vida. En la orden, nos formamos con disciplina, estudios intensos y piedad algo forzada. De CA fuimos a Quito (Cotacollao) donde gozamos inmensamente subiendo los picachos y volcanes nevados de ese maravilloso país. Vivíamos al lado de aldeas kéchuas y al subir a la Quebrada de los Cóndores, atravesábamos sus parajes. No les hablábamos, eran un enigma para nosotros.

En la misma línea seguí el magisterio, en el Seminario de San Salvador. Los seminaristas eran de áreas rurales y de clases medias urbanas. Los amé al extremo. Los entendía, me identificaba, pero no había en mí una conciencia social.

Luego, un cambio fuerte se dio en mí en Innsbruck, donde me mandaron a estudiar teología. De nuevo los picos nevados. Esquiábamos, mal esquiábamos. Allí me encontré con jesuitas que me aventajaban en muchas cosas. Uno de ellos influyó mucho en mí, porque me contó de los sacerdotes obreros y de su experiencia. Total que decidí trabajar con los emigrantes gallegos que llegaban a construir carreteras y dejé el esquí. Eso cambió mi visión ciento ochenta grados. Pasaban los turistas en sus carros y nos regalaban cigarrillos. Yo empecé a ver en esos momentos el mundo al revés. Siempre había pasado viendo a los trabajadores de caminos desde nuestros vehículos. Ahora, yo estaba con los trabajadores. Me dio vuelta el mundo. Nunca más fui ya igual.

Junto con eso, Rahner. Fue una pasión. Llegamos a Innsbruck, cuando el Vaticano II comenzaba. Era una tormenta dentro de la iglesia. Yo venía con mis ideas de "Potius disrumpar" antes que romper una regla. Lo había aprendido en el noviciado. Y me encuentro que en el teologado hay una subversión en contra de las normas. No comer en los cuartos. Pues comíamos, porque teníamos hambre. Ir a clases. Pues no íbamos, porque eran muy malas. No ir al cine, pues íbamos. Ellacuría era uno de los subversivos, que Coreth después en confidencia me contó que casi lo devuelven a su provincia. Pero toda esta subversión exigía una justificación. Allí fue donde me convirtieron los escritos de Rahner. Me liberaron intelectual y espiritualmente. Aah, dije, entonces, en la Compañía el carisma fundacional se encuentra en el discernimiento de espíritus y la obediencia es una consecuencia de él. Me sentí libre. Me sentí profundamente jesuita. Profundamente de la iglesia. Se me abrió una teología que no se aprende

de memoria, sino que era reflexión, cuestionamiento, creación, decir novedades, aunque a otros les parecieran herejías. (Fuimos también un poco presumidos).

En teología descubrí el Popol Wuh, libro sagrado de los mayas, lo estudié, aunque realmente no lo comprendí, y esto me llevó a buscar la antropología. Me mandó el provincial a los EE.UU. y allí saqué el doctorado, con trabajo de campo cada vacación en Guatemala. Estuve con los Yaruros en Venezuela. Se fue operando otro cambio. El *shock* cultural de dos meses y medio en la sabana del Orinoco fue algo que creo que me dura hasta el momento. Gente que vivía todavía con arco, sin fósforos, sin agricultura desarrollada, cazando venado disfrazados de cigüeñas blancas, con un sistema de parentesco elemental, como diría Lévi Strauss. Gente que jamás había oído de Jesucristo. Que se dopaban ritualmente, ingerían alucinógenos y danzaban toda la noche. Allí, yo zambullido, como un ser extrañísimo para ellos, pero con cariño. Allí las semillas del Verbo, allí la inteligencia humana, allí el vicio y la mentira... allí la humanidad en origen.

Volví de los estudios a Guatemala y Centro América. Comenzamos a cuestionar las estructuras sociales y políticas. Eramos un grupo. Había gente mucho más consciente e inteligente que yo. Allí estaba César Jerez, que ya murió, allí estaba Juan Hernández Pico, que todavía da batalla, allí estaba Fernando Hoyos, muerto en la guerrilla guatemalteca, allí muchos otros, algunos más jóvenes, otros mayores. Nos fuimos a vivir a una zona marginada, la entonces famosa Zona 5 de Guatemala. Éramos el CIAS de CA. Éramos gloriosos, donde caíamos, hacíamos olas. Unos estábamos dedicados a la investigación, otros a la acción. Estos últimos nos jalonaban. Ellos se vincularon a la vanguardia revolucionaria orgánicamente y luego dejaron la orden. Nosotros, nos mantuvimos jesuitas.

Fue el momento de mi conversión más profunda y más dolorosa. En un trabajo de investigación me enamoré apasionadamente de una compañera. La represión se cernía ya sobre nosotros y yo descubría el amor a los cuarenta años. Probablemente era un reflejo del vacío por la muerte de mi mamá, y en ella encontré esa increíble ternura. Estuve en ésas, si dejas la orden, si me quedo. Hice Ejercicios, en un mar de lágrimas y sollozos. Allí descubrí que los sollozos eran el mismo "abba" de san Pablo y el mismo sollozo que aparece tantas veces en la autobiografía de Ignacio. Pero había un llamado inaguantable que me llevaba a la muerte de ese amor y a la muerte mía (la ausencia de sentido). Era terrible. Y decidí salir de Guatemala a fines del 79 para hacer otra vez Ejercicios, pero ya separado por la distancia

de ella. Cabarrús fue mi mistagogo, no me forzó, porque el ángel de Jacob fue quien me violentó. Y la dejé... ¡Una situación tremenda para ella! En la desesperación, se cortó las venas. Pero yo no cambié de rumbo. La fe me guiaba, me jalonaba. No sé si hice lo correcto. Creo que sí, creo, porque no tengo evidencias, y sentí que hacía una alianza con Yahvé, el innombrable, y que él se encargaba de ella mejor que yo mismo podría hacerlo. Ella me dijo, Falla, Falla, te vas a enamorar de otra. Pero no, Yahvé salía garante de que eso no sucediera. El me daba su palabra. No podía fallar, ni yo podía dejarlo mal, entregándome más tarde a otro amor.

De México, donde hice esos Ejercicios, fui a Nicaragua y trabajé dos años en Reforma Agraria con el gobierno sandinista, hasta que se abrió la posibilidad de ir a Guatemala, a la selva del Ixcán, que era terreno de guerra. Sería acompañante pastoral de la población civil. Tuve que hablar con la guerrilla en México para entrar clandestinamente al país y allí pasé seis años, en dos ocasiones, apoyando como sacerdote a las comunidades de población en resistencia que se escondían del ejército bajo la sombra de la montaña. Fue un tiempo de adelgazar mucho, pasar hambre, huir de un lado a otro bajo las balaceras, cambiar de campamento cuando nos quemaban las chozas de palma y vivir sólo con la mochila al hombro, comiendo lo que la gente me daba. Allí no corría el dinero. El vacío de ella me acompañaba en la montaña y me hacía sollozar en "la soledad sonora", como dice San Juan de la Cruz, pero de allí nacía la fuerza para resistir al lado de la gente indígena de Guatemala. Y resistimos, porque ni nos acabó el ejército, ni nos refugiamos en México.

Mi trabajo era pastoral, pero no abandoné la investigación, y en una salida a México logré escribir un libro sobre las masacres de la selva que denunció al ejército muy duramente. A los meses, éste descubrió en la montaña una cueva donde guardaba mis papeles y me acusó de guerrillero (1992). Tuve que salir de la selva, para explicar a los obispos lo sucedido. Ellos me respaldaron con su testimonio de que yo no era guerrillero, sino sacerdote en trabajo pastoral. Pero ya la obediencia no me dejó volver y me mandó el provincial a Honduras, a un trabajo más monótono, aunque siempre dentro del sector social, cuyo coordinador fui luego nombrado. Después, la provincia me mandó a la Congregación General 34, donde conocí a muchos jesuitas de todas partes del mundo. Al final de la Congregación me dieron junto con un francés el premio al mejor poeta, una forma bonita de decir que mis intervenciones habían sido graciosas y curiosas, pero no sustantivas. Pienso yo.

EL AMOR OMNIPRESENTE

Por fin, me encuentro de nuevo en un pueblo indígena de Guatemala. Y he decaído porque las fuerzas ya me faltan. Estoy escribiendo sobre la juventud. Se ríen de mí. Yo viejo, escribiendo sobre jóvenes. Pero siento que nos une algo común. Decía el maestro Erikson que las crisis identitarias se repiten en la vida. Vivo hoy la tentación entre no querer ser viejo y tirar la toalla porque soy viejo. Jóvenes que me leen, ojalá vivan para vivirlo. Es bonito. De eso se trata la vida. Y de nuevo, el omnipresente amor. Pero ya no les cuento más.